

Recibid, Hermanos é Hijos nuestros, la Bendición Pastoral, y estad aparejados á seguir oyendo las palabras del Vicario de Jesucristo.

Se leerá esta Carta Pastoral, *inter missarum solemnia*, y después del Edicto que con esta misma fecha hemos expedido, el segundo domingo de Cuaresma, ó el tercero en los lugares adonde oportunamente no llegare.

Dada en nuestro Palacio Episcopal de San Luis Potosí, á 24 de Febrero de 1890.

✠IGNACIO,

OBISPO DE SAN LUIS POTOSÍ.



CARTA PASTORAL

TERCERA

PUBLICANDO Y COMENTANDO LA ENCÍCLICA *Sapientia
Cristianæ.*



NÓS, EL DOCTOR Y MAESTRO D. IGNACIO MONTES DE OCA Y OBREGÓN,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA
OBISPO DE S. LUIS POTOSÍ, PRELADO DOMÉSTICO
DE SU SANTIDAD Y ASISTENTE AL
SOLIO PONTIFICIO.

A NUESTRO VENERABLE CABILDO, AL CLERO Y AL PUEBLO DE NUESTRA DIOCESI

SALUD Y BENDICION.

Venerables Hermanos é Hijos Nuestros:

EL Evangelio que la Iglesia señala para el tercer Domingo de Cuaresma, en que se leerá esta tercera parte de la Encíclica *Sapientie Christianæ*, nos representa á Jesús libertando á un energúmeno de las molestias que le causaba un demonio, que privaba al poseído del uso de la palabra. Envidiosos, como siempre, los Escribas y Fariseos, atribuyen el prodigio al mismo demonio, y Jesús, increpando sus sacrílegos pensamientos, les dirige, entre otros justísimos reproches, esta memorable sentencia: *El que no es conmigo, es contra mí, y el que no recoge conmigo, desparrama.* Estas palabras, con que el Señor confundiera á aquellos hipócritas, se aplican hoy en la Encíclica á los católicos

presuntuosos que no prestan á la Iglesia la debida obediencia, y pretenden combatir por sí solos, sin adherirse por completo á la columna y baluarte de la verdad. También les dice el Señor: *todo reino dividido contra sí mismo será destruido*. Del reino de Dios en este mundo, que es la Iglesia, y de la unión que entre sus miembros debe reinar, nos hablará hoy el Sumo Pontífice: escuchad sus palabras.

VII

“No podrán los cristianos llenar estos deberes con el buen éxito y provecho que conviene, si bajan al campo de batalla separados los unos de los otros. Claramente predijo Jesucristo que la misma aversión y el odio mismo que Él sufrió de parte de los hombres, había de afligir de igual manera á la institución por él fundada; de tal suerte que á muchos se había de impedir el alcanzar la salvación adquirida por su infinita bondad. Por lo cual no se limitó á buscar discípulos para su doctrina, sino que quiso unir á éstos en sociedad, y formar con ellos un cuerpo perfecto, *que es la Iglesia*, cuya Cabeza debía ser Él mismo. Así es que la vida de Jesucristo circula por todas las venas del cuerpo, nutre y sustenta todos los miembros, y los mantiene unidos entre sí y dispuestos al mismo fin, aunque la acción de cada uno no sea la misma (*Porque de la misma manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, mas todos los miembros no tienen una misma operación, así muchos somos un solo cuerpo en Cristo, y cada uno miembro los unos de los otros*, ROM. XII, 4, 5). Por estas causas, la Iglesia no tan

sólo es una sociedad perfecta y muy superior á cualquiera otra sociedad, sino que su Fundador le ha impuesto el deber de luchar por la salvación del género humano á guisa de ejército bien ordenado (CANT. VI, 9). Esta organización y estructura de la sociedad cristiana no puede, en modo alguno, cambiarse, ni menos es lícito á cada individuo vivir á su arbitrio, ó adoptar para el combate la táctica que se le antoje; porque en realidad desparrama y no recoge, quien no recoge con la Iglesia y con Jesucristo; y lucha positivamente contra Dios quien no combate con Él y con la Iglesia. (*El que no es conmigo es contra mí: y el que no recoge conmigo desparrama*. LUC. XI, 23).

“Para esta armonía de los ánimos y esta uniformidad de acción, no sin razón objeto de terror para los enemigos del catolicismo, es necesario, ante todo, la concordia en los sentimientos, á la cual vemos que el Apóstol San Pablo exhortaba á los Corintios con vehemente ahinco y singular fuerza de lenguaje. *Os ruego, hermanos, por el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que todos digáis una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones; antes sed perfectos en un mismo ánimo y en un mismo parecer* (I COR. I, 10). Fácilmente se comprende la sabiduría de este precepto. El ánimo es el principio de la acción, y por tanto, ni pueden convenir las voluntades, ni ser uniformes las acciones, si nutren los ánimos diversos pareceres. Los que no reconocen más guía que la razón, rara vez ó nunca pueden profesar la misma doctrina: porque el arte de conocer la verdad es difícil en extremo; por otra parte el entendimiento es flaco de suyo, lo agita la variedad de opiniones, y si se le da algún impulso por

fuerza, á menudo cae en error. Vienen, además, las pasiones, que con demasiada frecuencia quitan, ó por lo menos disminuyen la facultad de percibir la verdad. Por esta razón en el gobierno de las naciones se procura tener unidos por fuerza á aquellos cuyas opiniones son contrarias.

“No así los cristianos. La Iglesia les enseña lo que deben creer, y bajo su autoridad y gobierno saben que de cierto alcanzarán la verdad. Por lo mismo, así como la Iglesia es una, porque es uno Jesucristo, así es y debe ser una la doctrina de todos los cristianos en todo el mundo. *Un Señor, una fe* (EFES. IV, 13). *Pero teniendo el mismo espíritu de fe* (2 COR. IV, 13) obtienen el principio saludable, de donde manan espontáneamente la conformidad de voluntades y la uniformidad en las obras.

“Empero, como lo manda el Apóstol San Pablo, es preciso que la unanimidad sea perfecta. Estribando la fe cristiana en la autoridad no de la razón humana, sino de la razón divina, pues lo que Dios nos enseña *creemos que es verdad, no por la verdad intrínseca del objeto mismo conocido por la luz natural de la razón, sino por la autoridad de Dios mismo que lo revela, y el cual no puede engañarse ni engañarnos* (CONC. VATIC.); de aquí se sigue que cuanto conste ser enseñado por Dios, es necesario aceptarlo por completo y en todas sus partes con igual é idéntico asentimiento; y el negarse á prestar fe á una sola verdad revelada, equivale á negarlas todas. Trastornan, por consiguiente, los fundamentos mismos de la fe, los que ó niegan que Dios ha hablado á los hombres, ó dudan de su infinita verdad y sabiduría.

“Determinar cuáles son las doctrinas reveladas por

Dios, toca á la Iglesia docente, á quien Él encomendó la guarda y la interpretación de sus palabras. Ahora bien; el Supremo Maestro en la Iglesia es el Romano Pontífice. Por tanto, la concordia de los ánimos del mismo modo que requiere el consentimiento perfecto en una fe, exige también la perfecta sumisión y obediencia de las voluntades á la Iglesia y al Romano Pontífice, como á Dios.

“Perfecta debe ser la obediencia porque la ordena la misma fe, y del propio modo que la fe, es indivisible. No sólo, sino que si no es absoluta y perfecta en todas sus partes, deja de ser verdadera obediencia, no quedando de ella más que un vano simulacro. La tradición cristiana estima en tanto la perfecta obediencia, que ésta se ha considerado siempre y se considera como la piedra de toque para conocer á los católicos. Santo Tomás de Aquino lo explica admirablemente con estas palabras: “El objeto formal de la fe, es la verdad primera según lo que se manifiesta en la Sagrada Escritura y en la doctrina de la Iglesia, que procede de la verdad primera. De aquí es que quien no se adhiere como á regla infalible y divina, á la doctrina de la Iglesia, que procede de la verdad primera manifestada en la Sagrada Escritura, no tiene el hábito de la fe; sino que recibe las verdades que son de fe, de otro modo que no es por la fe. . . . Es manifiesto que aquel que se adhiere á las doctrinas de la Iglesia como á regla infalible, presta su asentimiento á todas las cosas que la Iglesia enseña: de otra manera, si de las verdades que enseña la Iglesia retiene las que quiere, y las que no quiere no retiene, ya no se adhiere á la doctrina de la Iglesia como á re-